

REPORTES DE INVESTIGACIÓN

No. 74, ISSN: 1692-0163

ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS

Cuidar los hijos, administrar el hogar y ser madre de la República (1821-1850)

Franz D. Hensel Riveros



Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas



Certificado N° SC 4338-3



Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas

**Cuidar los hijos, administrar el hogar y ser madre
de la República (1821-1850)**

Franz D. Hensel Riveros

Grupo de Investigación en Dinámicas Sociales
Línea de Antropología Histórica
Escuela de Ciencias Humanas
Universidad del Rosario
Bogotá
2008

HENSEL RIVEROS, Franz D.

Cuidar los hijos, administrar el hogar y ser madre de la República (1821-1850) / Franz D. Hensel Riveros.—Escuela de Ciencias Humanas. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2008.
26 p.—(Serie Documentos. Borradores de Investigación; 74).

ISSN: 1692-0163

Mujeres – Colombia - Historia / Educación de la mujer / Educación en el hogar / Familia / Mujeres como jefes de hogar / Historia de Colombia – siglo XX / I. Título / II. Serie.

640.861 SCDD 20

Franz D. Hensel Riveros
Editorial Universidad del Rosario

ISSN: 1692-0163

Todos los derechos reservados
Primera edición: julio de 2008
Impresión: XXXXXXXXXXXX
Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

- Resumen 5
- Summary 5

- Cuidar los hijos, administrar el hogar y ser madre de la República (1821-1850) .. 6

- I. ¿Qué se necesita para cumplir como madre y esposa?..... 7

- II. Ser esposa: útil e ilustradamente bella 11
 - a. Lectura, artes agradables y cosas útiles..... 11
 - b. Ser bella y agradar al marido 14

- III. Madre y gobernadora del hogar 16
 - a. Dosificar el amor para formar el carácter..... 16
 - b. Formar los hijos: algunas instrucciones..... 17

- IV. Finalmente, ser gobernadora del hogar 21

Resumen

El texto se interesa en identificar algunas de las características del discurso sobre la madre en el siglo XIX, considerada como modelo de la República en tanto virtud doméstica encarnada. En la primera parte, el escrito señala algunos de los mecanismos y exigencias por medio de los cuales la madre puede cumplir un papel que se asume fundamental. La segunda parte aborda la importancia de un tipo específico de belleza (virtuosa) que aparece como deseado para toda mujer. Dentro de tal comprensión, las valoraciones de los conocimientos sobre el cuidado de los hijos y la administración del hogar cobran gran importancia. Finalmente, el escrito se concentra en los principales rasgos con los que debe contar una buena madre y *gobernadora del hogar*.

Palabras clave: madres, educación moral, conocimientos útiles, formación de los hijos.

Summary

The text, through a revision of different sources, identifies certain features of the XIXth century discourse about mothers, specially, as republican model of domestic virtue. In the first part, the manuscript points some demands and devices which the women can become a mother. The second part focuses on a very important type of beauty: the virtuous beauty. Finally, the text underlines the principal characteristics of a good mother and *home governor*.

Key words: mothers, moral education, useful knowledge, children's education.

Cuidar los hijos, administrar el hogar y ser madre de la República (1821-1850)

Franz D. Hensel Riveros¹

(...) He manifestado toda la serie de cuidados que, desde los pañales de la cuna y al traves de mil obstáculos, conducen al hombre á la perfeccion, constituyéndole por su fuerza y por su inteligencia el primero de los seres de la naturaleza. El objeto principal que me he propuesto es el asegurar á vuestro hijo y á vos misma un estado feliz. Deseo que la esperiencia no engañe mi esperanza y que llene mis mas cariñosos deseos.²

La mujer no es inferior, se dice. Sus rendimientos, en orden a lo que se llama progreso, han sido ciertamente inferiores, casi nulos. Pero —eso sí— la maternidad, el cuidado del hogar, son dedicaciones excelsas. Por eso, la mujer debe quedar y centrar su esfuerzo en el cultivo de las cualidades que encarnan lo que, sin mayores esfuerzos se denomina su *femineidad*. La mujer es superior, se concluye, precisamente en eso que se ha estimado su inferioridad.³

En este texto me interesa mostrar, a partir de la lectura de algunos manuales, epítomes, tratados y preceptos, algunos de ellos traducidos en obras completas, y otros por partes en la prensa local, los debates cuyo centro era la formación de una madre pensada como modelo de la República, en tanto virtud doméstica encarnada. La revisión de tales fuentes no permite elaborar en detalle las vías de apropiación de tales contenidos por parte de sectores populares e, incluso, hace difícil clasificarlos como un modo de ‘lectura de élite’. No obstante, tales materiales nos permiten dibujar los contornos del discurso que a ellas se les atribuía, las tareas que se pensaba debían realizar y el tipo de conexiones entre lo doméstico y lo público que aparecen, especialmente, en la prensa bogotana y de los libros que entre finales del siglo XVIII y los primeros años del XIX pasaron por las imprentas locales. El texto que se presenta a continuación es, específicamente, un ejercicio de comprensión de estos escritos. Se interesa en explorar las características y demandas de lo que se proclamaba que las mujeres debían ser y llegar a ser. El texto es un primer intento de identificación de tales rasgos, e insiste en la necesidad de seguir una investigación que permita establecer los grados de lectura y apropiación de tales escritos, los modos a través de los cuales éstos se difundieron

¹ Profesor del Programa de Historia, Escuela de Ciencias Humanas, Universidad del Rosario.

² J.A.J. *Manual de las madres*, Tomo II, París, Imprenta de París, Librería Americana, 1827, p. 136.

³ CASTILLA DEL PINO, Carlos. *Cuatro ensayos sobre la mujer*, Madrid, Alianza, 1971, p 15.

(o no), los espacios de la vida social que afectaron con su presencia y el proceso a través del cual tales imperativos se incorporaron en prácticas naturalizadas.

Bien sea fortalecer el cuerpo, cultivar conocimientos útiles y adquirir destrezas básicas, estos escritos señalan los mecanismos y exigencias por medio de los cuales la madre puede cumplir un papel que se asume fundamental, y describen los pasos y cuidados, los balances y esfuerzos que se asumía la mujer debía incorporar para llevar a cabo una exigencia que se dotaba de los contornos de lo natural. En síntesis, el texto identifica el papel que, desde un tipo específico de textos, se otorgaba a la belleza y al trabajo sobre el cuerpo, las virtudes que debían fomentarse y los peligros que acechaban el cultivo de una madre sincera, honesta, cultivada y, en tal sentido, hermosa.

En la primera parte de este escrito, me centro en aquello que es preciso *tener* para cumplir en tanto esposa y madre. En la segunda, abordo la importancia que se otorgaba al trabajo en pro de un tipo específico de hermosura que se concreta en el matrimonio: la virtuosa. Dentro de tal comprensión, las valoraciones sobre los conocimientos considerados como útiles cobran gran importancia. Finalmente, señalo los principales rasgos con los que debe contar una buena madre y *gobernadora del hogar*: concreción del destino de la mujer y realización de una vida que, si ha sido bien llevada será provechosa. En esta última parte se reconocen estas preocupaciones como rasgos ilustrados y se sugiere la articulación de estas inquietudes con las de una República que precisamente añora y desea virtudes como la prudencia, la obediencia y la contingencia como piedras angulares de su construcción.

I. ¿Qué se necesita para cumplir como madre y esposa?

Los escritos dirigidos a las madres que circulaban a finales del siglo XVIII indicaban especialmente la necesidad que tenían las mujeres de “persuadirse” de su destino natural, la maternidad, a la vez que, reconocen la ardua labor que tal actividad implica. El ser buena esposa y buena madre no puede ser posible sin “la paciencia, la apacibilidad, la condescendencia, i la resignacion”,⁴ todas virtudes que pertenecen al sexo femenino. Reparemos en la palabra *virtudes*: no se trata de honores, dones naturales o reconocimientos, se trata de algo que debe ser conquistado, que en cierta medida cuesta, algo sobre lo que es preciso trabajar no sólo para conseguir sino para mantener. Las virtudes de la madre y de la esposa no vienen en el ser-mujer, sino al contrario, tal condición tiende a hacer difícil la presencia de varias virtudes. Hay que conseguirlas y, disponerse a hacerlo es una tarea poco fácil para las mujeres, pero, prometedoramente gratificante.

⁴ CAMPE, Joaquim Heinrich. *Eufemia o la mujer verdaderamente educada*. Sacada de la Elisa del célebre alemán Campe, Bogotá, Reimpresa por J.A. Cualla, 1829, p. 11.

La renuncia⁵ se ha señalado como uno de los tópicos más claros en la relación que el cristianismo, especialmente el primitivo, establece con el cuerpo. Michel Foucault lo caracterizaría de la siguiente forma: “desconfianza frente a los placeres, insistencia en los efectos de su abuso para el cuerpo y el alma, valorización del matrimonio y de las obligaciones conyugales”.⁶ Sin embargo, el tipo de relación que los escritos establecen con la madre centra la renuncia en los placeres del cuerpo, pero al mismo tiempo lucha contra ellos *desde* él:

Mayor mal i mas real para tu sexo es el imperio de las preocupaciones, de la moda i de los abusos de la sociedad civil. He aquí, vuestros verdaderos tiranos, porque conspiran a desfalleceros el cuerpo i el alma, á subyugaros, á ahogaros el jermen de las virtudes á desnaturalizar las que teneis, a llenar vuestros corazones de pretensiones exajeradas, á atormentaros con la privacion de lo que deseais, á inspiraros ideas mezquinas i bajas, i lo que es inseparable, de la molicie á haceros medrosas, timidas i sin resolucion.⁷

Contra las preocupaciones inútiles y en pro de todo intento por fortalecer un cuerpo que amenaza con desfallecer es que la madre y esposa (futura o presente) debe situarse. Pero, antes de trabajar sobre los preceptos que deben orientar a una madre, primero es menester fortalecer los relacionados con el matrimonio: el esposo y la vida conyugal. En primera medida, la madre debe reconocer el carácter del hombre: éste tiene como tarea hacer “cosas grandes i memorables”⁸ mientras que las mujeres pueden esperar repulsa y humillación si intentan invadir “el templo de la gloria” reservado a los hombres. Más bien, la dedicación minuciosa “al estrecho circulo de [sus] ocupaciones” es lo que debe primar en una actitud virtuosa. Para realizar adecuadamente tales íntimas⁹ ocupaciones lo primero es “persuadirte, i la esperiencia diaria te lo enseñará, que es útil fortalecer el cuerpo por medio de ejercicios reiterados, y no oprimir la libertad de sus movimientos”.¹⁰

Pero los ejercicios no deben ser bruscos o violentos. Más bien moderados y dosificados de acuerdo a quien los practique, pues es grande la diferencia entre los grados de fuerza y destreza que requieren hombres y mujeres. Además, el “destino” y las “funciones” de cada uno son de carácter distinto. En estos ejercicios, se busca que “cada individuo cultive en cuanto le sea posible su intelijencia, su razon, su imajinacion i su memoria; pero el ejercicio de estas preciosas facultades no puede tener la misma

⁵ Cf. BROWN, Peter. *El cuerpo y la sociedad. Los cristianos y la renuncia sexual*, Barcelona, Muchnik, 1993.

⁶ FOUCAULT, Michel. 1984. “El cultivo de sí”, en *Historia de la sexualidad, t.3, La inquietud de sí*, México, Siglo XXI, 2001, p. 38.

⁷ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 11.

⁸ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 12.

⁹ Desde las fuentes no sólo en el sentido de personales y privadas sino en el de íntimas, pequeñas, pero, de nuevo, a la vez grandes y fundamentales.

¹⁰ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 12.

direccion en las clases elevadas del estado i en los simples aldeanos”.¹¹ Así, no sólo la mujer debe reconocer su destino particular y en función de éste modelar su conducta: todos y cada uno de los miembros de la familia social debe percatarse de ello, y no aprender más de lo que debe, o puede. La desigualdad se entiende entonces no como desequilibrio en una sociedad de iguales sino como “diferencia de vigor i de cultivo de las facultades” en tanto éstas “se apliquen á los objetos ajenos del destino de cada uno”.¹² La desigualdad se lee como inestabilidad cuando existen quienes “ejercitan sus facultades, i emplean sus medios en objetos ajenos ó incompatibles con el estado en que los constituyó su nacimiento, su destino ó su sexo, i descuidan los deberes propios del lugar que ocupan en la sociedad”.¹³

En este marco, las hijas deben procurar ejercitar, cultivar, fortalecer y ennoblecer con el mayor esmero las facultades de cuerpo y alma, morales e intelectuales, pero, “siempre segun tu destino como mujer, i por medios i acciones que entren en los limites de tu sexo”¹⁴. Podrán corresponder a las expectativas del *Criador* quien las recompensará con un *manantial inagotable de felicidad*. Ahora bien, los posibles desvíos de su destino hacen que corresponder a las expectativas de la Providencia, no sea del todo fácil. Cultivar útil y realmente las facultades que como madre-esposa le corresponden es la consigna contra todo acecho existente en la época. La palabra clave acá es *disponerse*. De hecho, lo que se cierne sobre esta misión es un continuo de amenazas que han surgido de tiempos revolucionados y que han traído como consecuencia desórdenes morales. En términos de José Félix Merizalde, traduciendo la obra del especialista francés Etienne Tourtelle “no nos sorprenderemos al ver nuestras sobervias ciudades, pobladas de seres imperfectos, que naciendo débiles viven bajo el yugo del dolor”.¹⁵ Amenazas que no sólo se ciernen sobre las madres, sino en general sobre todo miembro, incluso desde el nacimiento: “la cuna del recién nacido está circundada de los peligros que le proporcionan nuestros errores i nuestras preocupaciones”.¹⁶ La lista de “desvíos” es larga: adquirir un “oropel superficial” de conocimientos con lo que se contentan tantas, y por eso descuidar la formación del carácter moral; ejercitar las fuerzas del alma sin cuidar de las del cuerpo; o bien cuidar de la imaginación sin cultivar el juicio e inteligencia. Estos y otros desvíos más serán los causantes de que nuestras mujeres, incluso si han llegado a poseer un alto grado

¹¹ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 4.

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, pp. 2, 3.

¹⁴ *Ibid.*, p. 4.

¹⁵ MERIZALDE, José Félix. *Epítome de los elementos de higiene o de la influencia de las cosas físicas i morales sobre el hombre, i de los medios de conservar la salud*. Extractados de Estevan Tourtelle (1796), traducidos al castellano y añadidos con otras observaciones nuevas, Bogotá, Imprenta de Pedro Cubides, 1828, p. 9.

¹⁶ *Ibid.*, p. 10.

de *talentos superficiales*, no gocen de aquella “ventura que les permitirá cumplir con el fin de tu existencia”.¹⁷

Esta ventura, aquel tesoro preciado que se debe alcanzar no es una tarea sencilla. Uno de los primeros retos es el de asumir la difícil tarea de la vida conyugal. Por esto, una de las primeras *disposiciones* es la de esposa. Para tener éxito en tal empresa se precisa una gran fortaleza de *alma y cuerpo*. Ahora bien, si tenemos en cuenta que “lo delicado del tejido celular, la viva sensibilidad i la extrema movilidad, aproximan mucho la constitucion de la mujer á la de la infancia”,¹⁸ podremos colegir que esta preciada fortaleza es un reto que debe asumirse ya que “es menester valor i fortaleza para soportar” las tareas que implican la maternidad y el cuidado del hogar. Aquella que no se ha ejercitado y fortalecido será incapaz de criar y, mucho menos, de dar ejemplo: “¿La joven á quien su educacion ha hecho débil y enfermiza, puede prometerse el tener hijos activos y vigorosos?”¹⁹

Pero estas disposiciones necesarias como madre y esposa son fruto del trabajo y, al mismo tiempo, de la renuncia de ocupaciones que debilitarán su destino. Por eso es que, una joven “sentada durante dos horas enteras, delante un bastidor de bordar, ú ocupada en coser algun adorno frívolo se halla obligada á guardar una posición fatigante, que la dispone á torcer sus miembros flexibles y que le impide la accion de los principales órganos de la vida”.²⁰ Inacción que producirá palidez, dolores de cabeza y de estómago, y cuantos enemigos de la juventud y la hermosura puedan considerarse. Frente a las costumbres que parecen reinar en la época y que terminan por hacer “de los individuos de tu sexo unos seres pequeños, débiles i pusilánimes” es menester fortificar el cuerpo, llevar una vida sencilla, activa y frugal, conservando un cuerpo robusto y un “alma libre de necesidades superfluas, de las funestas pasiones de la vanidad i del deseo, de lucir, i de cautivar admiradores”.²¹ El balance de nuevo es la palabra clave. No mucho bordado pues su cuerpo se atrofia, no poco, pues no fija su imaginación.

¹⁷ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 4.

¹⁸ MERIZALDE. *Epítome*, óp. cit., p. 42.

¹⁹ J.A.J. *Manual*, óp. cit., pp. 114, 115.

²⁰ *Ibid.*, pp. 113, 114.

²¹ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 15.

II. Ser esposa: útil e ilustradamente bella

Él [el esposo] esperaba, como tenía derecho de esperarlo, encontrar en su mujer una prudente gobernadora i administradora de su casa; i se encuentra con una mujer que sabe echar relaciones, i declamar mui bien; pero que no entiende nada de cocina; que sabe criticar libros, pero no sabe contar; que compone versos, pero no sabe coser; que canta con primor; que baila cual ninguna; pero que no sabe ni quiere cuidar de sus hijos.²²

El mejor rasero para medir cuán buena puede ser una esposa no puede ser otro que lo que su cónyuge desea de ella. Y, para nuestros epítomes, manuales, compendios y máximas, lo último que se requiere de ella son “los vastos talentos, las luces peregrinas, i los conocimientos profundos en las artes agradables”.²³ No porque se desee mantener a la esposa en un estado de ignorancia. Al contrario, el interés es el de evitar el apasionamiento de un “esterior accidental” que nada aprovecharía para las tareas propias de una mujer, y contribuir a la siembra de conocimientos útiles para su tarea. Conocimientos que las más de las veces se obstaculizan pues “entre cien mujeres de gran fama en la musica, en la pintura, en el baile, en la declamacion etc., con dificultad se hallará una”.²⁴

a. Lectura, artes agradables y cosas útiles

Es menester, en fin, que en vez de ejercitar tu imaginacion, pasando la mayor parte del tiempo en lecturas frivolas é inútiles, ejercites tu juicio en la observacion de cuanto te rodea por medio de una vida activa i útil, estudiando i haciendo todo lo que tenga relacion con tu destino.²⁵

La afición a la lectura y a las artes agradables hará que las mujeres dediquen sus preocupaciones a conocimientos que terminarán por atrofiar su entendimiento y nublar la importancia de sus deberes. Además, restará tiempo al aprendizaje de las cosas necesarias ya que “entre las útiles ocupaciones de una madre de familia hai infinitos cuidados minuciosos que exigen actitudes que solo se adquieren con mucho tiempo de ejercicio”.²⁶ Y el ejercicio será la última de las prioridades de aquella mujer que se permita dar rienda suelta a su imaginación. Además, tales vicios atraerán al hogar uno de los más temidos estadios de la época: *la molície*, fruto de la ociosidad

²² CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 53.

²³ *Ibid.*, p. 17.

²⁴ *Ibid.*, p. 17.

²⁵ *Ibid.*, p. 15.

²⁶ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 18.

y característico, por ejemplo, del temperamento pituitoso ó flemático en el que la laxitud y la poca acción de la fibra predominan.²⁷ El tema de la lectura se relaciona privilegiadamente con el de la imaginación. Pero imaginación, lujo y ociosidad se caracterizan por un mismo mal: la inacción.

Además, aquellas artes agradables estimularán una de las debilidades de las mujeres: su imaginación. En primera instancia por su misma constitución fisiológica:

La estrema sensibilidad de que goza la mujer i que le causa una multitud de impresiones vivas pero poco duraderas, esplica porque la imajinacion de las mujeres es mas viva, pero no fuerte i porque sus escritos mas brillantes que profundos raras veces estan marcados con el sello del jenio; es porque su cerebro se conmueve vivamente pero no con fuerza. Ademas su epigastrio no es susceptible del grado de tension que exigen los grandes trabajos del alma i las profundas meditaciones; tension que no soportaría sin el daño de sus delicadas visceras; ella dejeneraria bien pronto en espasmo que producirira estancaciones a proporcion que su tejido es mas poroso.²⁸

Pero además de esta tendencia degenerativa que produciría el estímulo de la imaginación, también fomentaría la debilidad causada por la falta de ejercicio y aire libre. Por eso su estímulo también es perjudicial a la salud por cuanto mantiene doblado y encorvado el cuerpo. Y toda “mujer hacendosa” necesita más que nadie una constitución “vigorosa para cumplir con todos sus deberes de madre i gobernadora de su casa”:

La practica de las artes agradables estira los nervios, los debilita, i los hace demasiado sensibles a todas las impresiones que pueden afectar desagradablemente los sentidos (...) Cree hija mia, que una persona de tu sexo, que ha pasado toda su vida en el fortepiano, en el dibujo, entre los libros, no puede estar con gusto en la cocina, en el cuarto de sus hijos, etc.²⁹

El asunto de la rivalidad entre las tareas domésticas y las destrezas que requiere la práctica de las artes agradables se explica por la dedicación de tiempo que requieren una y otra, además por las *disposiciones que van creando*. No sólo corporalmente (cuerpo encorvado, poca robustez) sino por las marcas que se van dejando en el espíritu. Las ocupaciones del hogar, o bien de aquellas que se esmeran en instruirse “exijen cierta disposicion habitual, sin la cual no puede adquirirse su practica”. Y es en ese terreno en el que se plantean las más agudas diferencias ya que “la disposicion del espiritu que exige el ejercicio de las artes agradables” es irreductible a “la disposicion en que debe hallarse una verdadera ama de casa”.³⁰ La primera se desvía de los objetos que pertenecen al mundo real, para ocuparse de un mundo ideal, mientras que en la segunda encontramos una “presencia de animo continua, un mirar seguro i perspicaz, una atencion sostenida

²⁷ Cf. MERIZALDE. *Epítome*, óp. cit., p. 45.

²⁸ *Ibid.*, p. 43.

²⁹ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 18.

³⁰ *Ibid.*

en mil cosas muchas veces minuciosas y poco interesantes”.³¹ Disposición en la que el cuerpo se ha robustecido con ejercicio, se ha vivificado; pero no con aficiones como el “bayle”, la lectura o quizá el canto mismo, que enervan las pasiones o fomentan la inacción, sino con aquellas como el aire libre, la fijación de la imaginación en cosas provechosas que contribuyen a “hacer una madre de familia sensata, activa, sencilla, sin artificio i sin presuncion”.³²

Ni la erudición, ni la experticia en el baile, el canto o la ejecución del piano harán que aquellos conocimientos y *disposiciones* que se ven loables en un hombre dejen de considerarse perniciosos, inútiles y perdidos en una mujer. Ninguna de estas tareas hace a la mujer más apta para cumplir con sus obligaciones y, en cambio, sí la perjudican al llenarle de contenidos de los que no puede hacer uso alguno, ni para el gobierno de su familia, ni para el trato de amigos y asuntos domésticos.

Pero la práctica de la lectura no es un objeto que se rechaza de plano. Se trata más bien de una lectura cuidadosa, de una selección de aquellas piezas que, en vez de ser una barrera, puedan contribuir al cumplimiento de los deberes conyugales. Por eso, el consejo es leer “obras literarias con mucha economía, i solo algunos pasajes escojidos”³³ ya que este tipo de lecturas afectan la tan delicada imaginación de las mujeres. Si ya vimos cómo desde la fisiología femenina existía una proclividad a la exaltación de la imaginación, uno de los medios para procurar tan aguda degeneración es la literatura. Estas obras, entonces, antes que instruir o perfeccionar el entendimiento del lector (lectora), afectan su imaginación, siendo con relación al alma lo que las especies *picantes* y *cáusticas* son para el cuerpo.³⁴ En el estado de *descomposición y recomposición moral* desde el que se inscribe y escriben nuestros escritos de madres, lo menos aconsejado es motivar un tipo de lectura que ha contribuido a forjar males semejantes.

Además, la literatura es característica de uno de los vicios que más se combaten en el periodo: el del lujo, aquella manera blanda, sensual y ociosa de vivir. En ella se identifica otro de los graves males que genera la literatura. No sólo son lecturas inútiles que lanzan a la construcción de mundos de fantasía, sino que las más de ellas se dedican casi exclusivamente al amor. La imaginación dispersa prefiere optar por un objeto nefasto: el estímulo de la mutua inclinación de dos personas de diferente sexo antes del momento crítico de “elejir para el viaje espinoso de la vida un compañero sincero i leal”.³⁵ Además, lanza a la divagación sobre hombres perfectos y promesas de amor que la experiencia demostrará incumplidas, renunciando a lo existente para

³¹ Ibid.

³² Ibid., p. 19.

³³ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 45.

³⁴ Cf. MERIZALDE. *Epítome*, óp. cit., p. 43 y ss.

³⁵ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 46.

comprometerse con la fantasía de un hombre que no llegará. Contra este torrente de males una persona “que esta solo destinada á ser madre de familia i buena ciudadana, no tiene necesidad de un estudio inutil, i aun perjudicial.³⁶ Más bien, el aprendizaje debe situarse entre lo posible y lo necesario: ganar la estimación de un esposo razonable y de todos los *prudentes observadores que hai en el mundo*, al adquirir y mostrar los talentos propios de una mujer meritoria.

Las mujeres de no conocer su destino, desilusionarán a su marido y defraudarán la confianza que les depositó. Él espera alguien que gobierne y administre prudentemente su casa, que cocine con soltura, cosa, lleve algunas cuentas y que cuide y forme a sus hijos. Pero no alguien que “sepa jugar, contar novelas, referir comedias, pero que tiene los ojos, los oídos i las manos muertas para todo lo que le concierne como esposa i como madre”.³⁷ Contrario a esta imagen la mujer debe lograr aprender en las faenas domésticas la sabia prudencia, la difícil contención y el don de la administración y la moderación.

b. Ser bella y agradar al marido

Si las lecturas amenazan el deber conyugal, la belleza se convierte en un campo de batalla cuyo mérito no es el rapto temible de un don natural, sino el agrado a su marido por medio del cultivo de sus gracias y atractivos.³⁸ Por esto, se hace necesario distinguir dos tipos de hermosura, los cuales representan sin más la distinción entre una belleza-de-virtud y otra que podríamos denominar ociosa.

De un lado tenemos aquella belleza que “depende absolutamente de nosotros mismos”, mientras que la otra es una “obra i don espontáneo de la naturaleza”.³⁹ Aquella belleza que está bajo *nuestra* responsabilidad es factible porque “el cuerpo se modifica en razon del espíritu que le anima, asi en su forma exterior, como en las facciones del rostro i particularmente en la espresion de los ojos. Si el espíritu está cultivado, ilustrado i adornado con los debidos conocimientos, el exterior lo anunciará”.⁴⁰ La imbricada unidad físico-moral acá se vuelve a plantear pues estas clases de hermosura se comprenden en términos de formación moral. Sólo hay hermosura allí en donde hay virtud, en donde hay trabajo y dedicación es que aquel fruto maravilloso puede conseguirse. El aparente don natural se instala allí donde el triunfo de la virtud se reconoce en el cuerpo. Y por esa misma vía, cualquier tipo de fisura moral, de abatimiento del espíritu, de triunfo de la ignominia del vicio y de ausencia del “goce puro de los placeres morales” tendrán como correlato inseparable la fealdad moral

³⁶ *Ibid.*, p. 47.

³⁷ *Ibid.*

³⁸ Cf. CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 24.

³⁹ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 25.

⁴⁰ *Ibid.*

que “se esplicarán en toda la fisonomia, en la actitud del cuerpo, en las facciones i sobre todo en el mirar”.⁴¹

Una hermosura obra de la *sociedad civil*, de las personas *prudentes é ilustradas i sinceras* no será aquella valorada por los simples atractivos físicos. Esta belleza natural consistente en *las formas de belleza ideal*, en la *tez rosada* y el *blanco de nieve*, hace que los jóvenes se embelesen por un tiempo, luego del cual son incapaces de generar algún afecto permanente. Los meros atractivos físicos no pueden por sí solos asegurar una próspera relación. De hecho, muchas veces también se convierte en un problema ya que atrae “muchos insectos” “inoportunos que osados fijen sus miradas en sus mejillas, en su tez, para destruir la flor delicadísima de su reputacion, i esponer á riesgos mortales la felicidad conyugal”.⁴² Además, la naturaleza humana misma es proclive a que las sensaciones intensas sean de corta duración y por eso “á medida que el cariño de un jóven á una mujer hermosa es mas fervoroso, mas pronto se estingue”.⁴³

Esta belleza de nacimiento no será entonces la propicia para una madre republicana. Su hermosura será obra de sí misma pues no dependerá de la existencia de un cuerpo que incluso tenga “señales de viruela i [ó] aun un cuerpo contrahecho ó imperfecto”. Será expresión de un “espíritu ilustrado, i un corazon, cuyas propensiones estan bien arregladas i distribuidas: se conoce en el mirar, en la fisonomia, en la actitud, en la voz i aun en el jesto”.⁴⁴ Hermosura cuyos rasgos más importantes son producto de combinaciones sutiles y armónicas: dulzura sin debilidad, modestia sin timidez estúpida, tranquilidad sin pereza y sin flema, afabilidad sin afectación, alegría sin ligereza, y pureza y candor sin ostentación ni malicia. Esta es la belleza que toda mujer debe desear y, lo más importante, a la que toda mujer puede acceder: “todas pueden poseerla”. Su sello es el amor que puede producir en el esposo si este es un hombre de bien, ya que una mujer de tales características dondequiera que esté se hará querer y respetar.

Para acceder a tan grandiosa virtud, el trabajo y los conocimientos útiles se erigen como los principales vehículos. Por eso es preciso adornar el espíritu sin sobrecargarlo y desechar aquellas inclinaciones que, irremediamente, afectarán la hermosura: la envidia, la cólera, el orgullo, la vanidad y la obstinación serán combatidas con el afecto a la virtud, la moderación y la beneficencia. Además, esta belleza sabe

⁴¹ Ibid.

⁴² CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 27.

⁴³ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., Cabe decir que para Campe este rasgo está en la naturaleza masculina, la constituye, tanto así que la mujer debe tener cuidado con “todas las protestas de adhesion inviolable i eterna que hacen los amantes, todas las prendas, todos los juramentos [pues] no pueden mudar en nada su carácter: nada significan, nada prueban sino que esos jóvenes no se conocen á sí mismos, ni á la naturaleza humana”. Campe, 1829, p. 27.

⁴⁴ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 27.

dosificar sus encantos. Más que el amor como raptó, propenderá por el amor como camino, como empresa que requiere esmero y preocupación. El esposo valorará con el paso del tiempo aquella que ha sido su soporte y lo ha encantado con sus virtudes cosechadas diariamente. En esta dosificación de los afectos el manejo apropiado de las maneras agradables y las gracias del adorno serán fundamentales. La amenidad y la urbanidad, guiadas por la nobleza, la rectitud de los afectos, la sinceridad y la sencillez serán los estandartes de una hermosa mujer. Aquella tendrá que desterrar el artificio, la afectación, la dureza y grosería de sus actuaciones si desea tener éxito en la empresa conyugal.

III. Madre y gobernadora del hogar

Si en la vida conyugal era preciso contar con una constante revisión de los afectos y del grado en el que éstos se procuran, como madre, el balance será mucho más cuidadoso. De él dependerá la formación o malformación de los hijos.

a. Dosificar el amor para formar el carácter

Ni poco amor o riguroso cuidado ni tampoco relajación. Tal parece ser el imperativo a la hora de formar los hijos. De hecho, uno de los principales peligros que acechan al niño es precisamente el mismo cariño que sus padres –y especialmente su madre– pueden llegar a profesarle. Los terribles efectos de tan contradictoria práctica saltan a la vista:

Las madres se dejan arrastrar demasiado lejos, y entonces su peligrosa pasión hace realmente más mal que una entera insensibilidad (...) cuando la ternura pasa los límites regulares se convierte en una ciega preocupación que muy a menudo (...) destruye el objeto mismo que ama; demasiados cuidados y demasiado cariño, lejos de ser favorables a la salud, al crecimiento y a la dicha de vuestro hijo, lejos de satisfacer las necesidades reales de la naturaleza, le harán nacer otras mil artificiales y le expondrán en seguida a que sufra los mismos males de que le queréis libentar.⁴⁵

Si la madre ha luchado contra sí misma para ganar en robustez, ella debe servir como ejemplo para la enseñanza del niño. El principal objeto de la educación doméstica será hacer un niño robusto, moral y físicamente, dotarle de la energía propia de un hombre y de la sabiduría y templanza necesaria para contener las pasiones. Nuestros escritos imaginan la educación de un niño, de un varón probo, saludable y firme. Pero, volvamos a los equilibrios necesarios en la educación de un hijo. Las dificultades propias de una vida concebida como camino entreverado se harán evidentes sucesiva y gradualmente. La ternura, los cuidados y el cariño no sobrepasarán los

⁴⁵ J.A.J. *Manual*, óp. cit., pp. 67-69.

límites regulares, en esta debida contención es que la madre presentará sucesivamente las dificultades que quiere hacer vencer a sus hijos, de acuerdo al vigor que él vaya desarrollando.

En esta tarea constante de formación y señalamiento de las dificultades es preciso labrar quizá, la cualidad más preciosa que puede regalarse a un niño: un carácter robusto. Esta tarea debe ser emprendida desde la *más tierna juventud*, pues desde esta época también se hacen presentes aquellas pasiones cuyas *funestas consecuencias* deben evitarse a toda costa. En la infancia, las pasiones más temidas que deben conocerse para poder combatirse son la cólera, el miedo, y la envidia. Éstas son las primeras que se manifiestan por causa de un amor mal entendido: exceso de atención y cuidado. Entonces, aquel niño se torna altivo, impaciente y colérico: entre más se le complace, más alimenta su exigencia apresurándose a manifestar nuevos caprichos. El niño se vuelve el amo de su madre mientras que el furor, la rabia, la desesperación y las *horribles convulsiones* lo invaden.

Pero tales pasiones hacen graves y duraderos estragos en la faz de los niños: un temperamento colérico es distinguible en un niño lánguido y flaco, sin energía, con ojeras, pues todo su cuerpo, todo el vigor que debía haber empleado en fortalecerse, ha sido consumido por las pasiones. Son las pasiones un ente externo capaz de penetrar, si no se observan algunas precauciones, el cuerpo de los niños. No son los niños aquellos que pueden decidirlo, será la madre la responsable de evitar la entrada de tan nefastos accesos y edificar un niño sano, robusto, rozagante y obediente. Pasiones que invaden la constitución neutra de un niño, y que la mayoría de veces provienen de su madre. Hay de aquella que aplique sobre su hijo “sacudimientos violentos y repetidos” que terminarán por aturdirlo, “que retienen la sangre en el cerebro, y así pueden ser el origen de una debilidad moral ó nerviosa incurable”.⁴⁶ Si a una madre la dominan las pasiones que ella debe controlar, si es impaciente y colérica, no puede esperarse gran cosa de su niño desgraciado.

b. Formar los hijos: algunas instrucciones

Una íntima relación se establece entre la madre y el hijo desde el momento mismo del nacimiento. El pecho de la madre le une de forma estrecha con su hijo. Entre los dos se establece una *secreta comunicación*. Simpatía que permitirá al hijo identificarse con su madre. Relación, no obstante, que también pasa porque los dos deben observar y cuestionar su cuerpo. Por eso, las instrucciones del *Manual* son para las madres y para que ellas las apliquen para sí y sobre sus hijos. Debe entonces sugerir algunos gestos adecuados, algunas buenas maneras de procurar una exitosa formación. La ecuación básica es el ir y volver entre los ejercicios del cuerpo y los ejercicios del

⁴⁶ J.A.J. *Manual*, óp. cit., p. 34.

alma, que permitirán “fortificar y hermosear á la vez uno y otro”.⁴⁷ Solo así podrán combatirse aquellas:

... funestas impresiones que rechazan al interior todos los líquidos que están en movimiento, suspenden la acción del corazón y de los principales órganos de la vida, comprimen el desenvolvimiento, detienen el crecimiento y fijan sobre la fisonomía un aire inquieto y descarriado. Dejan huellas profundas en lo físico y en lo moral; la inteligencia de los niños recibe la más peligrosa herida, y los vómitos, la diarrea, las convulsiones y la epilepsia terminan frecuentemente su deplorable carrera.⁴⁸

La madre se esmera en evitar aquellas pasiones que pueden consumir a su hijo y su deber es identificar las pasiones que más frecuentemente acechan sus primeros años. Si, por ejemplo, la triste y sombría envidia se adueña del pequeño haciéndole triste y melancólico, inapetente, flaco y seco, su remedio no será la severidad. La madre dispondrá de todos sus cuidados siendo la dulzura e indulgencia las características de sus actos. La “igualdad perfecta en la distribución de las caricias, de los elogios y de los castigos” entre los hijos será pues el remedio casi infalible a “esta cruel enfermedad del corazón”.⁴⁹ Lo que se espera de la madre, es, de nuevo, una cierta técnica del afecto que pueda determinar los grados y herramientas con las cuales los hijos pueden educarse con severidad, pero sin rencor, siendo el ejemplo materno una de las más preciadas herramientas.

Incluso los niños de brazos no están exentos de tales males. Desde los primeros años del niño, en la edad del *mamamiento*, la madre debe estar atenta y vigilante, incluso consigo misma, ya que incluso la leche es susceptible de ser influenciada por las pasiones vivas. De hecho, si la mujer es propensa a pasiones violentas, continuas y concentradas, lo cual demuestra que no ha podido controlarlas, no debe criar si en algo le interesa la vida de su hijo. Por otro lado, si la madre ha podido controlar sus pasiones y presenta algunos “sacudimientos” pasajeros podrá hacerlo, siempre y cuando “descargue la leche que ya había acudido a los pechos durante vuestra agitación y aguarde algunas horas”.⁵⁰ Además, el niño y su madre deben pasear frecuentemente al aire libre. Tal actividad es un gran socorro y una útil herramienta en la crianza, pues el niño encuentra en ellos un ambiente agradable y tranquilizante lejano al encierro que fácilmente aumentará sus angustias, mientras tanto la madre gozará de un reposo necesario y de las virtudes del aire fresco que animarán su tarea.

Pero no son sugerencias para el niño, recordemos que todas van dirigidas a la madre. Especialmente en dos sentidos: primero, en todo lo que ella debe hacer sobre *sí misma*, en la incorporación de una serie de prácticas a las que la madre debe some-

⁴⁷ J.A.J. *Manual*, óp. cit., p. 115.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 84.

⁴⁹ J.A.J. *Manual*, óp. cit., p. 86.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 17.

terse si quiere llevar a feliz término la actividad creadora. Segundo, en todo aquello que debe aprender a hacer sobre su hijo, todos los conocimientos necesarios que aplicará al fruto en el que debe consagrar su atención y que también harán exitosa su tarea de crianza.

Por un lado, la madre no puede hacer menos que alistarse para poder criar. Debe elegir su alimento con celo, ingerir bebidas calmantes y rechazar las estimulantes, disponer su cuerpo en función del estado de su hijo. Si el niño está en edad de *mamar*, su madre debe guardar su pecho del frío y la humedad, pero también de “escitarlo demasiado con un grado de calor estremado”. Si se trata del momento del *destete*, la madre entonces hará más sencilla la comida “á fin de tener ménos leche” y por esto los vegetales, el pescado y más bien pocas sustancias animales serán la característica del régimen alimenticio. Las madres acompañarán entonces las modificaciones en la disposición de su cuerpo con cada paso en el crecimiento de los niños, especialmente en los primeros años de su vida.

Además de estas modificaciones desde el cuerpo de la madre, tratemos brevemente ahora las más obvias, relacionadas con el tipo de comportamiento que debe introducirse en el cuidado del niño para su buena crianza. Primero: el ambiente exterior pues una habitación mal adecuada y una reclusión casi penitenciaria son ya los primeros pasos hacia una constitución débil y enfermiza. Segundo: un *régimen* bien llevado garantizará una criatura robusta para los embates de la vida. La madre deberá estar pendiente del modo en el que administre el paso entre una y otra etapa de la vida de su hijo, a saber: el mamamiento, el destete, la segunda infancia, la pubertad, la adultez y la vejez.

La sabiduría de la madre se hará evidente cuando deba controlar con mucha delicadeza el momento en el que el niño deberá dejar la leche materna y adoptar un nuevo régimen alimenticio, al sustituir poco a poco, pero, con firmeza la leche por alimentos apropiados. Pero también esta sabiduría tiene que estar presente en el momento de la pubertad, al tratar de contener por el mayor tiempo posible aquellas *pasiones borrascosas* que inevitablemente se despertarán en él. La madre en este proceso será espectadora activa, ella no puede dejar a su hijo sólo con las pasiones que a tan inexperta edad pueden poseerlo. Pero tampoco podrá remediar un trabajo que no inició en el tiempo debido. Desde el nacimiento y en cualquier espacio, ella no podrá descuidar los cuidados y enseñanzas, cualquier tiempo perdido será tiempo abonado a la debilidad de un ser que tiende a dañarse. Por eso, la necesidad de enseñar la templanza y la medida debe iniciarse lo más pronto posible, siendo la alimentación un espacio privilegiado: promover el consumo de alimentos poco sanos como los dulces y pasteles, las frutas verdes y aquellas cosas que tengan un gusto fuerte prodigará a los niños un amor mal entendido, causándoles más daño del que se imaginan. Las

madres deben, cuanto antes, y en todos los espacios, poner en práctica la temperancia, esta infalible conservadora de la salud y la moral.

Además de la temperancia, el fomento de las ocupaciones al aire libre será fundamental en la edificación de la criatura: “que la lucha, el bayle, la carrera y la pelota se sucedan alternativamente; darán mas vigor á su cuerpo, y mas vivacidad á su espíritu. Guardaos de reprimir mal á propósito la alegría natural de un niño, quizás los juegos que le cautivan son la parte mas esencial de su educación, y los que le proporcionarán mas adelante los goces mas verdaderos, la fuerza y la salud.”⁵¹ Sólo el ejercicio del cuerpo permitirá que el niño, con el pasar de los días, ocupe su mente en cosas provechosas y hará que “devore un pan ordinario y duerma con un sueño profundo sobre la piedra mas dura, mientras su tez reboza salud y alegría y todas sus funciones se ejecutan con perfeccion y con fuerza”.⁵² Con el advenimiento de la pubertad, tal disposición será el socorro que permitirá disipar las vivas sensibilidades que tenderán a poseer el cuerpo del futuro joven.

Si nuestro futuro hombre ha contado con una afortunada educación (bien dirigida, por su madre bien educada) podrá sortear las dificultades de la pubertad. Así, “los trabajos alternativos del cuerpo y del espíritu, y particularmente las buenas costumbres que con tanta ansia se han procurado dar á la infancia, son los medios mas eficaces para retardar la explosión de la pubertad”.⁵³ Ya entrado en esta edad, y si su formación no fue la mejor “la tez se empaña, las facciones cambian, la piel, particularmente la de la frente, arroja granos blanquinosos y el cuerpo flaco, se tuerze y aniquila. La parte moral participa de este estado de sufrimiento; la percepción se debilita: la memoria se pierde, y el juicio se halla incapaz de formar la menor combinacion”.⁵⁴ Y así, las viciosas costumbres como la imaginación acalorada y el deleite de las pasiones se emponzoñarán con el “desgraciado”, el cual se entregará a la soledad y tomará un carácter distraído, sombrío y melancólico. Por esto suspira constantemente y sin causa “mientras que su aliento es fétido, sus digestiones se alteran; sus músculos se aflojan, se hará perezoso, andará arrastrando los piés, (...) la nariz se achica y los extremos de la boca se alargan”.⁵⁵

Para preparar al hijo al paso a su adultez hay que aumentar los controles y acentuar las guías que no han permitido que el pequeño se deforme. Comerá temprano y evitará ingerir sustancias animales. Como su comportamiento y el de su madre, la comida será moderada procurando que sus ingredientes sean lo suficientemente ligeros para permitir el trabajo de la digestión. El ejercicio y los saberes útiles se

⁵¹ J.A.J. *Manual*, óp. cit., p. 102.

⁵² *Ibid.*, p. 103.

⁵³ *Ibid.*, p. 132.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 122.

⁵⁵ J.A.J. *Manual*, óp. cit., p. 121.

posicionan como las dos armas privilegiadas en el combate contra las pasiones. Por eso mismo, se evitarán las colchas de demasiado abrigo que favorecerán y harán que pase acostado más tiempo que el necesario y las sillas de madera que no “esciten un calor peligroso”.⁵⁶ Todo deseo de calentarse tendrá que ser suplido con el ejercicio y el trabajo continuo, lo cual además de mantenerlo sano y activo harán que en la noche el sueño se ampare de todos sus sentidos, sin dejar oportunidad para las imaginaciones sensibles y peligrosas, moderando de la mejor forma posible los inquietos deseos y las inclinaciones naturales de la pubertad, aquella edad “cuando sintiéndose redoblar su vida el hombre experimenta el atractivo poderoso de transmitirla”.⁵⁷

IV. Finalmente, ser gobernadora del hogar

Es preciso que prefieras siempre una ocupacion que ejercite al cuerpo, á la que le deja en inaccion: que hagas gala de tu honor, de tu pericia i de tu satisfaccion, en cuanto pertenece á la economia de la casa, sin olvidar la practica de ninguna de tus obligaciones; es decir, que debes ser el alma de toda la familia, estar vijilante en todo, no solo para mandar, sino para echar mano a las ocupaciones (...).⁵⁸

Trabajar sobre sí, dosificar los cuidados, desarrollar balances precisos sobre el afecto adecuado hacia sus hijos, estar pendiente de la alimentación y de la actividad: éstas serán aquellas las tareas que permitirán cumplir aquel destino de la mujer visto en páginas anteriores y promover en la República el ejemplo de una figura de obediencia y el reconocimiento de la libertad posible en el marco del orden, aquella esperada imagen de la sociedad en la que cada quien sabe de su tarea, la respeta y la asume. El desorden moral provocado por los estados sucesivos de guerra y la apertura del marco de posibilidad generado por la República parecen combatirse insistiendo en la prudencia debida, en la sabia templanza, en la regla cumplida.

Pero, si bien hemos visto las facetas inseparables de madre y esposa, ella será también ejemplo de perspicaz administración del hogar. A las virtudes propias de estos dos papeles se sumará una tercera, imposible de pensar sin las dos anteriores: es menester que ellas repitan siempre el triple y meritorio destino de *esposa, madre i ama i gobernadora de su casa i familia*.⁵⁹ En tanto ama y gobernadora, cultivará también los precisos conocimientos útiles a su tarea, aquellos que no podían ser ocupados por las artes agradables o la lectura inútil. Su grandeza, de nuevo, será gracias al carácter

⁵⁶ Ibid., pp. 124, 125.

⁵⁷ Ibid., pp. 125, 126.

⁵⁸ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 15.

⁵⁹ Ibid., p. 32.

inferior e íntimo⁶⁰ de sus tareas. El cuidado de sí sólo se labra en tanto proyección del cuidado-a-otro. Y el espacio familiar deviene también espacio que ella debe cuidar, y para el cual también es menester que ella se prepare.

Dos son los tipos de destrezas con las que deberá contar esta *gobernadora*: por un lado, las de índole pragmática sobre el saber-hacer y saber-mantener un hogar y, por otro lado, las destrezas afianzadas en el arbitrio de la moral y del buen juicio.

Con respecto a los saberes volcados hacia lo pragmático, el conocimiento de los hombres, de la casa y sus cuentas y gastos, y algunas nociones precisas y poco extensas de las producciones de la naturaleza y las artes, serán los más importantes para nuestra gobernadora. *El conocimiento de los hombres* entra en el dominio de lo práctico pues la mujer debe recordar que no puede esperar un hombre perfecto, más bien debe percatarse de ciertos aspectos básicos de los hombres que le servirán “en el mayor negocio de su vida que es la elección de esposo”.⁶¹

La casa también se torna en un lugar que debe manejarse al detalle pues será el “verdadero campo que la mujer debe cultivar para cumplir con la sociedad civil en que vive”⁶² y por tal razón, deberá contar con un tocador “sencillo i de gusto, sin estorbarle nunca sus demas ocupaciones”. Es preciso que sepa hacer muy bien las labores de la casa, incluso, si hay criadas. Éstas deberán seguir su ejemplo y además los oficios cuentan con “la apreciable ventaja de estar en movimiento i conservar sano su cuerpo i su espíritu”. Deberá distribuir su tiempo entre sus hijos, la cocina, la despensa, el sótano, el mercado. Tendrá que tener el don de la ubicuidad: “que vuele en un día de un lugar a otro, que con su presencia lo vivifique todo, i que en todas partes promueve el aliento, la diligencia, el orden, la alegría, i la gratitud de cuantos la rodean”.⁶³

Deberá manejar un pequeño cúmulo de conocimientos que no afecten su desenvolvimiento. Por eso, es menester escribir y contar bien, llevar una minuciosa contabilidad que permita a su esposo descansar de los ajetreos de las rentas y gastos. Además, contará con algunas nociones, no más allá de las necesarias, sobre el cuerpo y el género humano, y una ‘tintura’ de la historia de los diferentes siglos, países y gobiernos, además de una que otra noción sobre las producciones de la naturaleza.

La tarea es difícil. Se trata de cultivar una serie de saberes en la cantidad apropiada y usarlos en el momento adecuado. Aquella que no haya podido establecer tales balances “jamás merecerá el renombre de digna esposa, de madre, ni de sabia gobernadora de su casa, ni de buena educadora de sus hijos, ni de compañera de un esposo á quien debe consolar i conservar”.⁶⁴ Por esto, es necesaria una base de moralidad que debe cruzar

⁶⁰ Íntimo en tanto privado y discreto.

⁶¹ CAMPE. *Eufemia*, óp. cit., p. 34.

⁶² *Ibid.*, p. 35.

⁶³ *Ibid.*, p. 36.

⁶⁴ CAMPE, *Eufemia*, óp. cit., p. 37.

toda acción y gesto de la madre, además de servir como herramienta edificante en la exigente tarea. El juicio sano, ejercitado y cultivado, que imprime en las mujeres la prudencia y la presencia de ánimo se convierte así en el ideal a perseguir, y a la vez, en la necesidad de toda madre para llevar a feliz término sus ocupaciones.

La pregunta por la educación de los hijos y la reproducción del hogar pasará por la de la formación de la esposa-madre. La mujer de nuestros escritos se convierte entonces en lo deseado, en aquello que está por venir, o por lo menos, en aquello que debería ser el porvenir. Es el futuro de una República aún incierta. Pero a la vez, es el presente de un orden agitado, trastocado; por la vía de lo deseado pretende iluminar las carencias⁶⁵ de una época, sus miedos y el horizonte de posibilidades en el que éstos se construyen.

Para las bases morales sobre las que descansa una buena mujer, es preciso un cuadro contundente, que permita que esta mujer de imaginación dispersa pueda fijarla en un objeto de enorme utilidad: su vida. Por eso algunos escritos terminan haciendo una detallada caracterización de las cualidades que son a la vez puntos de partida. El cuadro es completo y riguroso, y de la consagración con la que se persiga dependerá su éxito: pureza del corazón, piedad ilustrada, castidad y pudor, modestia, afabilidad y bondad de corazón, circunspección, amor al orden, espíritu de economía y hábito de la dependencia. En dos palabras: subordinación y obediencia.

Un conjunto de estas cualidades se edifica en el imperativo de cuidar de sí para poder cuidar de otros. Este movimiento se sostiene en tanto “el interior de tu alma es lo que anuncia tu exterior”,⁶⁶ esto es, la pureza del corazón, su afabilidad y bondad, la castidad y el pudor se reflejarán de forma inevitable y duradera en el rostro, las facciones, los gestos. En una palabra: en el cuerpo. Por esto, el abuso y desbordamiento de ciertos límites serán funestos para cualquier mujer y, por eso, se introducen en nuestro cuadro final:

Mira aquella joven que tu conoces, débil, triste, aflijida, desmedrada en la flor de su edad, i en la estacion de la alegria: mirala como inclina su cabeza hacia la tierra como una flor marchita, cuya raíz ha roido el gusano: en el momento en el que ella debiera adquirir nuevo vigor, i caminar todavia á la vida con fuerza, camina ya tremula al sepulcro, cansada de su esistencia i llena de pesares i de dolores.⁶⁷

⁶⁵ Este punto es desarrollado por Zandra Pedraza con respecto a la primera mitad del siglo xx y al papel cada vez mayor que la modernidad prestó al cuerpo. En sus palabras: la modernidad “iluminó al cuerpo desde el ángulo de sus carencias”. Cf. PEDRAZA GÓMEZ, Zandra. *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999, p. 17.

⁶⁶ CAMPE, *Eufemia*, óp. cit., p. 57.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 61.

Por otro lado, la piedad ilustrada, la modestia, la circunspección, el amor al orden y el hábito de la dependencia parten de un rasgo común: la obligación que tiene la mujer de reconocer su posición, aceptarla y hacer lo mejor posible desde tan fundacional lugar. Las mujeres están en una situación de desventaja, se reconoce, pero tal situación es a la vez aquella que engrandece su destino. Ahora bien, “la situación de las mujeres es tal, que no pueden, para hallarse felices en esta situación, eximirse de las fuerzas i de los consuelos que da la relijion”.⁶⁸ Situación experimentada y señalada como dependencia que la mujer debe reconocer y afianzar como hábito pues, de lo contrario, “toda resistencia no serviría mas que á convertir en cadenas de esclavitud los lazos del amor que deben mitigar el vigor de esta lei”.⁶⁹

Unos y otros conocimientos componen un cuadro complejo del saber ser esposa y madre. Las tareas no son sencillas pero deben asumirse, otra de las enseñanzas de nuestras madres. Ellas, al final de sus vidas verán con orgullo la obra que han creado, verán su mano invisible pero poderosa en la vida de sus hijos, recordarán con felicidad el hogar próspero del que fueron piezas centrales, habrán procurado una formación inmejorable a sus hijos y esposo, brindando a la República miembros robustos, y a la vez sumisos, obedientes pero no pusilánimes, conscientes de sus deberes y tareas.

Habrán cumplido aquel destino particular que las convocaba a las duras tareas del ser madre, y habrán mostrado que la República funcionará sólo con la mezcla de orden y moralidad, igualdad como reconocimiento del desequilibrio y libertad sin liberalidad. Nuestras madres y esposas habrán hecho suyas la abnegación como virtud, la renuncia a las disipaciones de la vida y, en fin, aquel “abandono espontáneo de su propia voluntad a favor de la de su marido para que resulte en ambos la armonía mas perfecta”,⁷⁰ lo cual nos recuerda, con exactitud, uno de los epígrafes con los que este escrito comenzaba: “...pero –eso sí– la maternidad, el cuidado del hogar, son dedicaciones excelsas. Por eso, la mujer debe quedar y centrar su esfuerzo en el cultivo de las cualidades que encarnan lo que, sin mayores esfuerzos se denomina su *femineidad*. La mujer es superior, se concluye, precisamente en eso que se ha estimado su inferioridad”.⁷¹

⁶⁸ CAMPE, *Eufemia*, óp. cit., p. 59.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 109.

⁷⁰ CAMPE, *Eufemia*, óp. cit., p. 56.

⁷¹ CASTILLA DEL PINO, Carlos, óp. cit., p. 15.

Bibliografía

- CAMPE, Joaquim Heinrich. *Eufemia o la mujer verdaderamente educada*. Sacada de la Elisa del célebre alemán Campe, Bogotá, Reimpresión por J.A. Cualla, 1829, Bogotá, Biblioteca Nacional, FONDO ANTIGUO, SALA 1A. 9556.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos. *Cuatro ensayos sobre la mujer*, Madrid, Alianza, 1971.
- J.A.J. *Manual de las madres*, Tomo II, París, Imprenta de París, Librería Americana, 1827, Traducción al castellano por J.A.J., Bogotá, Biblioteca Nacional, F. VERGARA 251 v.2.
- MERIZALDE, José Félix. *Epítome de los elementos de higiene o de la influencia de las cosas físicas i morales sobre el hombre, i de los medios de conservar la salud*. Extractados de Estevan Tourtelle (1796), traducidos al castellano y añadidos con otras observaciones nuevas, Bogotá, Imprenta de Pedro Cubides, 1828.
- PEDRAZA GÓMEZ, Zandra. *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.

